

A "MARINO,"

I

La vida para el hombre es un eterno abismo;
un arcano insondable, un algo singular
que rueda hacia las cosas y nos dice «es lo mismo
el amor que la muerte; por eso hay que olvidar».

II

Luchó como un gigante; su espíritu volaba,
dando forma á su ensueño, de uno á otro confin
y ansiando ver el triunfo... ¡Otro loco que estaba,
como su gran espíritu, de la vida en el fin.

III

Con graciosa ironía su pincel daba impulso
y vigor á sus muchos grotescos personajes;
fué su pincel un látigo que esgrimía convulso
contra la hipocresía, la farsa y los ultrajes.

IV

La verdad fué su lema... y el gran «Marino», acaso
cuando la Parca fiera cerníase sobre él,
supo ser grande, altivo... no temiendo al fracaso
ni á la muerte, se supo coronar de laurel.

V

Pobre Felipe Ignacio... al amigo que pierdo;
al alma grande y noble que supo ser leal;
al artista, al hermano, dedica este recuerdo
otro hermano en el arte que añora un ideal.

VI

Descansa en paz; yo siento, como vanos antojos
que afluyen á mi mente con singular ardor,
el llanto taciturno de algunos tristes ojos
y el poema elegiaco de mi inmenso dolor.

VII

Yo siento ante tu tumba, que corre por mis venas
no la sangre, sino algo que no es lo material;
algo que me atormenta y que hiere mis penas,
algo de tí ¡oh artista! de númen colosal.

VIII

Descansa en paz; mi vida te ofrendo en este canto,
y mi recuerdo eterno en una estrofa fiel;
al recordarte ahora mis ojos vierten llanto;
para tu alma era poco la gloria y el laurel.

Miguel SÁNCHEZ DE MIGALLÓN.

FELIPE IGNACIO MEJÍA

En la mesa de estudio quedo ante las cuartillas, po-
seído de una gran aflicción, sintiendo fluir á mis ojos las
lágrimas, estático á tu recuerdo, he permanecido mudo
y hermético...

De mi mente han huído las ideas; la pluma ha esca-
pado de entre mis manos; solo el llanto pone sobre la
albura del papel un mudo poema de dolor.

¡Pobre Felipe Ignacio!

Tu recuerdo será imperecedero, porque tu vida dejó
á su paso una estela imborrable de amor á la humani-
dad; porque en tí, artista, soñador, reencarnó ese fan-
tástico loco que inmortalizara Cervantes; porque tú,
igual que aquél, inspirastes tus acciones todas en la
verdad, y fué Themis tu única creencia...

Tú, artista, ingenio fecundante de gracia y donosura,
saipicado de una aguda ironía, supiste interpretar, tra-
ducir, bajo la acción mágica de tu pincel, la vida; su-
piste hacer que tus dibujos, bajo ese sello peculiar, lo
absurdo y lo grotesco, pusieran de manifiesto cuántos
y quiénes eran los que pasan por la vida, al parecer
para los demás, por decentes, correctos...

Has muerto cuando soñabas ver realizado algo gran-
de, algo que concebiste, empresa ello, que habrías lle-
vado á la práctica sin desmayos ni desilusiones porque
tu espíritu era fuerte.

Nosotros que conocíamos tus anhelos, sabíamos
cuán hermosa era su concepción.

Por eso nuestro dolor ha sido mayor, al perder un
amigo y una idea que alentaba bien arraigada en tu
alma.

Los últimos momentos de tu vida, los dedicaste, no á
llorar la muerte que sobre tí se cernía, sino á llorar por
la no realización de tus ideales.

Una tristeza infinita epiloga el dolor que tu muerte
dejó grabado en mi alma; una gran confusión me ator-
menta, me llena de sobresaltos y temores; una gran re-
beldía se apodera de mí y en la duda, una oración se
pierde por no darla por perdida.

¡Pobre Marino!

Sucumbiste presa de esa terrible enfermedad, que pa-
rece eterna enamorada de las almas que florecen en el
vergel de la poesía: almas-rosas cuya fragancia es la
vida misma.

... Y cuando llegue el día en que las campanas suenen
fúnebres, en que la gente vaya, formando cruel con-
traste envuelta en una ola de alegría, á la morada de los
muertos, por mi camino aparte, alejado de todos, mi
mirada se perderá en lo infinito... y mi recuerdo te
acompañará entre los que lloran.

Francisco ESPADAS.